

ritu de fortaleza se atrevió á passar, y repassar muchas veces por medio de Ginebra, aunque sabía ciertamente, que le arrestarían, y perderían, sin remedio, si llegaba á ser conocido. Con este espíritu visitó su Diócesis, sin trén, ni equipage, con fatigas increíbles, entre nieves, y yelos, á través de montes, y de bosques, en donde jamás se havia visto Prelado. Con este espíritu hizo estatutos, y fixò una disciplina, cuya observancia hizo guardar con vigor. Con este espíritu, á pesar de los mayores embarazos, introduxo la reforma en Abadías independientes, en virtud del poder, que le daba el Santo Concilio de Trento. Con este espíritu permaneció inflexible en negar los sagrados ordenes á Clerigos, á quienes faltaba vocacion, ò virtud, sin mirar, ni á su nacimiento, ni á sus talentos, ni á las recomendaciones con que estaban patrocinados. Con este espíritu, jamás quiso consentir en conceder un monito-

rio,

rio, pedido por el Senado de Chamberí, en una ocasion que no le pareció legitima. En vano se le amenazó con la ocupacion de sus temporalidades, y se le ocuparon en efecto. Podia esto ser castigo para un Obispo, que se veía por este medio libre del embarazo de distribuir su renta, y del temor de no distribuirla bien? Mantuiose firme el Santo, y se vieron precisados á desistir de la demanda, sin que se dignasse de hacer para esto la menor diligencia, como se deseaba.

Asi conservó Francisco de Sales la mansedumbre, y la fortaleza evangelica. Qué instruccion, amados oyentes míos; pero qué reprehension para nosotros! Comparémos á su dulzura este semblante alterado, melancolico, turbado, que manifestamos con los mas leves disgustos; esta sensibilidad, estas turbaciones, estas inquietudes, que se levantan en nuestra alma sobre una palabra, sobre una seña, sobre una ac-

L 2

cion,

cion, que ofende nuestra delicadéz; estas prontitudes de genio, y de viveza, que se nos escapan á cada passo, y que paliamos con el nombre de primeros movimientos; estos desprecios, estas esquivaces, estas altanerias, estas durezas, estas cóleras, estas injurias, con que nos recompensamos de nuestras pérdidas, y de nuestras humillaciones; estas aversiones, estas asperezas, estos deseos de venganza, estos ódios eternos, que alimentamos en nuestro corazon, por una accion muchas veces indiferente, y que nos parece una grande afrenta; estas injusticias, estas calumnias, estos golpes disimulados, estas perfidias, con que pagamos á nuestros concurrentes, á nuestros competidores, á nuestros enemigos, á nuestros mismos proximos, y á los que llamamos nuestros amigos. Comparémos á la fortaleza apostolica de San Francisco de Sales esta insensibilidad, que tenemos en las cosas de Dios, esta indiferencia, que

experimentamos en los sucesos de la religion, esta sangre fria, con que consideramos los trabajos, que la Iglesia padece; esta mala verguenza, que nos impide declararnos altamente, y defender en público la causa de la verdad; estos respetos humanos, que nos detienen, quando sería necesario cerrar la boca á hombres temerarios, que hablan como libertinos, y como cismáticos; estas atenciones que guardamos, con el pretexto de no turbar la paz, y que no sirven sino para fomentar el error; esta delicada complacencia, que nos cierra los ojos á los vicios de aquellos, que dependen de nosotros; esta cobardía, esta indolencia, este olvido, en que vivimos de nuestra salud eterna; esta furiosa locura de perder las almas con vanos adornos, con afectaciones, con un luxo excesivo, con una autoridad, de que se abusa, con dádivas, con sollicitaciones: qué sé yo con qué! Y quando yo lo supiera, me sería permiti-

tido decirlo , ó me sería posible decirlo todo ? Comparèmonos , digo , á San Francisco de Sales , juzguemonos , y condenemonos.

Pero no hay , me direis , en el mundo , mansedumbre , ni fortaleza ? A una pregunta tan ambigua , què respuesta puedo yo daros ? Sí : Hay en el mundo demasiada mansedumbre , y fortaleza , y hay demasiadamente poca. Hay demasiada de aquella mansedumbre , y dulzura , que es enteramente para nosotros , no siendo al mismo tiempo nosotros sino hiel , y amargura para los demás. Zelosos phariséos queremos quitar una paja del ojo de nuestro hermano , y no pensamos en la viga , que atraviesa los nuestros. Todo nos lo dissimulamos , todo nos lo escusamos , todo nos lo perdonamos , todo lo canonizamos para nosotros , y para aquellos , que son nuestros amigos. Se trata de los demás ? Luego gritamos , desorden , escándalo , moral corrompido. No sería , á
nuef-

nuestro parecer , necessario atraer , convertir , reducir à los pecadores ; sería preciso acabar con ellos. Es este el espíritu del Christianismo ? Hay demasiada de aquella fortaleza , que no mira sino á nuestros propios intereses , olvidando al mismo tiempo enteramente los de Dios. Delicados , activos , fervorosos , intratables , quando se toca á nuestras conveniencias , ó á nuestra reputacion ; no tenemos sino indiferencia para Dios , para la Iglesia , para la Fé , para las buenas costumbres , para nuestra alma , para nuestra salud. Preguntó otra vez : Es éste el espíritu del Christianismo ? Mu- demos de objeto , amados oyentes míos , y se hallará restablecido el orden de las cosas. Qué admirable , y eficaz exemplo os he propuesto el dia de hoy ! Francisco de Sales severo consigo mismo , fué todo dulzura , y suavidad para su proximo ; Francisco de Sales , insensible en sus intereses particulares , no tuvo zelo , sino para los intereses de Dios. Digamos , pues ,
otra

otra vez : mansedumbre llena de fortaleza , mansedumbre , por consecuencia, sin desidia , y fortaleza sin aspereza. Acabemos su caracter. Añado , que supo juntar una sencillez que admira , con una prudencia enteramente celestial. Esta es la segunda parte , que procuraré abreviar.

SEGUNDA PARTE.

Imperfectos , y formados los mortales , digamoslo así , de una masa compuesta de cien principios de humillacion , que confunden su amor proprio, y su orgullo secreto , procuran encubrirse á sí mismos , y ocultarse con mayor cuidado à los demás. De aqui nace esta dobléz , que se vé generalmente en todas sus acciones. No es cierto , que temen parecer lo que son , y quieren parecer lo que no son ? Son actores de teatro, que representan continuamente un personaje extraño. Todo es en ellos ficcion,

y

y mentira. Pero lo que pudiera parecer extraordinario es , que estos mismos mundanos , tan disimulados ácia sí mismos, nada estiman , nada aman , ni admiran, tanto en los hombres , como la verdadera sencillez. Sin embargo no debe esto causar admiracion. Podemos , naturalmente , querer engañar á los otros, mas no queremos , que los otros nos engañen. Nada , pues , nos hace conocer mas bien , que estamos libres del engaño , que la sencillez. Porque la sencillez , dice Santo Thomás , es la verdad en las acciones , como la verdad es la sencillez en las palabras. Esta virtud tan ponderada en las divinas escrituras, y tan alabada de tantos santos , trae su origen de un entendimiento verdadero, y de un corazon recto. Atended : He dicho de un entendimiento verdadero , á quien las mas puras luces de la fé dan una clara idéa de las cosas del mundo, y le descubren el justo precio ; quiero decir , la poca estimacion , ò el poco

Tom. V.

M

apre-